

está consagrada á dos. El instinto de la fuerza es eminentemente protector; ¿no es el origen del sentimiento que nos arrastra á tomar una compañera? En fin, yo tenia una, y saboreaba sin temor las delicias de mi nueva posicion.

Rosa era adorable. Cada momento me revelaba en ella una gracia desapercibida la víspera, un tesoro inesperado, un don oculto que me hacia adorarla mas, ¡flores del alma halladas bajo cada brizna de yerba, descubrimientos deliciosos que aumentan el amor manifestando su riqueza! Pasábamos las horas sin espicarnos como habian podido pasar: en niñadas de enamorados, en caricias sin razon, miradas sin fin, mil conversaciones sin ilacion á las que solo nuestra ternura prestaba un sentido que sin embargo nosotros comprendíamos tan bien: dichos pueriles, pero hechiceros, de que se burla uno mas tarde cuando ya no sabe decirlos. Algunas veces, durante noches enteras, solos los dos al lado de mi pequeña chimenea, de rodillas delante de Rosa, con su mano en las mias, permanecíamos así mirándonos sin decirnos nada, alegres de hablarnos interiormente sin turbar el silencio de nuestras voces; ó bien yo la mecia suavemente en mis brazos contándole alguna vieja leyenda con que mi nodriza me habia divertido en otro tiempo.

Ocupábamos en el quinto piso de la casa un pequeño apartmento llenado por nuestra felicidad. Un comedor, nuestro cuarto, y un saloncito que yo habia convertido en mi gabinete de estudio y donde mi amiga estudiaba á mi lado, componian nuestro palacio. Algunos objetos de arte elegidos con esmero, canastillos llenos de flores de la estacion, lindos tapices formaban su humilde lujo y nos lo hacian abrigado en el invierno, fresco en verano, y siempre risueño. A los lados de la chimenea teníamos los dos sillones favoritos en que nos sentábamos enfrente uno de otro; luego la mesita en que ella ponía sus cuadernos, el canapé en que reposábamos juntos, é inmediato á la ventana el espejo con marco de ébano en que la coquetilla sonreía á su hermosura al levantarse. La azotea era nuestro orgullo y la parte mas suntuosa de nuestra vivienda. Vasta y bien descubierta, se extendía al mediodia, abrazándose desde allí toda la línea del *boulevard*, y en el horizonte los altos monumentos de la gran ciudad. Allí iba yo á fumar, y Rosa á balancearse estática en su hamaca bajo una tienda de cutí durante las horas templadas de la primavera y las noches calurosas. Todo en torno de nosotros conservaba el sello de nuestra dulce vida; hasta el mismo aire nos acariciaba; todo se armonizaba con los gozes siempre nuevos de nuestra ternura, y su impresion la conservo tan íntegra, que aun estoy viendo aquellas paredes benditas, aquellos pobres muebles marcados todos con algun recuerdo, y á mis oidos siento el metal de la voz de Rosa cuando gorjeaba su refran. Es porque con nosotros habitaban dos huéspedes fugitivos, el amor y la juventud.

Entretanto, como debeis suponer, aquellas embriagueces me habian hecho descuidar al principio mi trabajo, el drama habia quedado vencido en la lucha, y habia percibido que no se quema á un tiempo igual incienso á dos altares; pero bien pronto volví á trabajar con nueva aptitud y lo ví nacer y desarrollarse poco á poco bajo mi pluma. La obra venia admirablemente, y me parecia digna de aplausos; pues la paternidad es tan indulgente, que para ella no hay hijo feo ni cojo. No podia ocurrirme la idea de separar en mi corazon la creacion concebida en mi cerebro y la compañera que compartia mi vida, y estaban tan apoyadas una en otra, que en mis sueños de porvenir las veía marchar juntas á su triunfo. Como era natural, destinaba á Rosa mi papel principal sin inquietarme de saber como podria con-

ducir de la mano ante el público la actriz sin contrata y el drama sin teatro. Cuando uno se duerme alegre todas las noches, es indolente, y yo, sin ocuparme de los obstáculos que tenia que vencer, hice todos mis preparativos para la ejecucion de mis proyectos.

Emprendí la educacion dramática de Rosa, que habia seguido ya los cursos de algunos profesores de declamacion como otras muchas jóvenes arrastradas por el prestigio del teatro de los modestos trabajos que les daban el pan cotidiano. En nuestras provincias, amigo mio, no se forma una idea de las seducciones que en Paris ejerce el teatro sobre todas esas imaginaciones juveniles, desalentadas por el ingrato oficio que asegura su existencia muy difícilmente. Los unos buscan en él un recurso, los otros un triunfo de vanidad, y todos un placer. No ven del comediante mas que el lado halagüeño, los trajes esplendentes, los papeles ruidosos, el escenario por pedestal, la multitud conmovida, el nombre aclamado y llamando la celebridad en todos los carteles; y no saben cuantos trabajos, pruebas y sinsabores aguardan al actor que quiere hacer un arte de su carrera; no ven cuantos vencidos se quedan en el camino, por algunos privilegiados de la fortuna que llegan á término y recojen las hojas del hermoso árbol de frutas de oro. Así, las aulas de esos profesores estaban atestadas de alumnos suministrados por las tiendas y las mil industrias del barrio á la hora en que cesa el trabajo del dia, siendo la mayor parte de ellos mancebos de almacén, pasantes de notario, aprendices, obreras; atraídos todos por la ociosidad, por el encanto de una reunion divertida, y á veces, aunque muy pocas, tambien por el amor ardiente del arte, por una verdadera vocacion.

Se reunian allí alegremente, se conversaba, referíase el eco perdido de la última historia de bastidores, la contrata de este, la caida de aquel; declamábase un poco, se gritaba mas de lo necesario, se sollozaba mucho, y se reía mucho mas, porque ante todo eran jóvenes.]

Rosa era del verdadero número de los trabajadores que se esforzaban sinceramente por aprender su arte; y entonces fué cuando debiendo yo ser su guia, puse término á las lecciones de los profesores, encargándome de reemplazarlos.

Desde luego mi método se diferenció del suyo, y puse mi alumna á estudiar los elementos de la gramática, de la literatura y la historia. El amor me hacia maestro de escuela.

Rosa anhelaba saber; era viva é inteligente; aprovechó admirablemente los consejos que yo tanto me complacia en darle, y en poco tiempo se halló en estado de comprenderlo todo. Muy encantadoras eran esas lecciones en que el estudio no era entre nosotros mas que una sabrosa conversacion; pues aunque principiábamos sériamente, bien pronto la alegría desbordaba nuestros corazones felices, ó bien alguna tierna confidencia interrumpia el trabajo. A menudo se olvidaba el libro, la alumna insu: ecta regañaba á veces al maestro gozoso con esas locas disputas, y bien pronto se hacian las paces prometiéndose interiormente el enojarse otra vez al mismo precio.

Muy luego pude pasar á una enseñanza mas especial. Trabajando sobre piezas de teatro, mostré á mi discípula las bellezas de las obras de nuestros grandes poetas; y la enseñé á comprender y á experimentar primeramente los sentimientos de que ella debia ser intérprete, á hacer el espejo en que viene á reflejarse el pensamiento del autor, para espresarlo enseguida con mas viveza y color. Así comprendia yo la mision del actor, y mis preceptos tan fáciles